

LA UNIÓN, CIUDAD ALUCINANTE

ANTONIO DE LOS REYES

Llovía el sol a chorros calle Mayor arriba, de La Unión, íbamos buscando a Asensio Sáez, éramos dos, Manuel Fernández Valero y un servidor, con el interés de saludarle y recibir la lección maestra de una ciudad alucinante. Volvimos la cabeza para contemplar, de paso, la casa del Pinón con su farmacia esquinada. Y siendo esto asombro, nos mostrábamos inquietos y como desazonados. Buscábamos una ciudad silenciosa, bañada en los cálidos brazos del sol y somnolienta en cada umbral, añorando un pasado no lejano pero si ausente, y nos encontramos el tráfico en la calle que nos asfixiaba, camino de las playas o del ajetreo insorprendente de Cartagena. Habíamos pillado a La Unión, por la entrada de Alicante, sorprendida en el aspecto de pueblo de siempre, de pueblo igual a cualquier otro de las tierras anchas y despejadas del Campo de Cartagena. Sin embargo, nos deslumbró de inmediato con la casa del Piñón, cúpula y cimborrio para el neoclásico de las fachadas, y oh paradoja, tres pasos más allá el absurdo arquitectónico del alto edificio sin justificación ornamental alguna.

Paramos junto a los taxis y sería un guardia civil quien nos encaminara a la librería de Asensio Sáez –libro reclamo para el escaparate; "Vida del trovero Castillo"–. Pero allí no estaba:

–Quizás en el Ayuntamiento.

Y uno se tropieza, sin pensarlo, con el recuerdo de Andrés Cegarra en lápida sobre la fachada de su larga postración. Un momento de silencio para su pasado. El

barbero del bajo nos dice que allí vive María, la hermana de Andrés, pero que el mes de agosto está en Cabo de Palos. Se juntan muchas evocaciones en este momento. La de mi padre; su peregrinación a La Unión, en busca de una charla con Andrés. La casa, donde, según cuentan-recuerdo de otros para otros tiempos-, se encontraron los mejores escritores de la tierra para la charla amena, desmenuzada y culta de Andrés. Un Andrés quieto ya tras haber agotado la posibilidad de inmovilidad terrena. El diálogo de los que se fueron queda como un murmullo en la sombra amparadora de la estrecha calle.

Volvemos y nos tropezamos con la plaza del Mercado donde se abarrotan los puestos de la feria semanal. Una mujer, al rozamos, se queja amargamente

–Esto ya es una capital.

Y nos vuelve el asombro por estar en una ciudad que ha roto con la añoranza para embarcarse en la necesidad de presente. Pero aún no hemos terminado de evocar cuando nos asalta, como un estallido de múltiples arcos, cristales y bóveda, el edificio señorial del Mercado. Y de inmediato la pena y la lastima por un aspecto de abandono y dejadez, aún cumpliendo, como cumple, su viejo oficio de mercadería. Alcanzamos la empinada escalera y nos esperan allí, entre el apretujón de los que suben y bajan, el hombre de los pájaros y el de las estampas, y sentimos como un soplo de iglesia medieval en todo su auge. Y no es así, porque dentro, entre el hierro que escala hacia lo alto para alcanzar los cristales y las maderas de las persianas, y entre los puestos de pescados y frutas, el desconchado, la vejez incomprendida de un edificio que guarda la grandeza orgullosa de un pasado próspero que no quiere perecer pese a su bella lozanía marchitada por el descuido de los que la rodean. ¡Lástima!

Allí, en un rincón, Pascual García Mateos, con su ancha humanidad, su amplia sonrisa y los ojos saltones a la caza de noticia que repartir a los cuatro vientos de los periódicos y radios del mundo. Le decimos lo de la vejez de lo que debía ser nuevo. Nos dice algo sobre Bellas Artes y el encargo de su restauración definitiva. Se habla, cómo no, del trovo. Nos citamos para una "trovería" próxima, y volvemos al sol fúlgido de la calle que nos llueve por las sienas y la espalda.

Al fin Asensio Sáez y sus prisas por el festival, sus pinturas y sus escritos, y en el trasfondo de toda la conversación, La Unión con gritos de nostalgia y alegrías de presente. Una ciudad que pensamos peregrina de otros tiempos, nostálgica de lo que fue, y la vimos presente para hoy, con los viejucos en las calles estrechas, capaces de cantarnos una minera o de repentizamos un trovo. Con los comercios de corte moder-

no y la actitud febril del mercado y las prisas locas de la carretera que conduce a las playas o a las prisas insorprendentes de Cartagena –lo hemos dicho ya–.

Para colmo de ese presente y pasado de La Unión tomamos la carretera estrecha y sinuosa de las minas. Allí los montones de escombros levantando cabezos geométricos de tierras oscuras que tuvieron apetencias de plata y que lavaron pacientemente los hombres que arrancaron a la mina su riqueza y al alma una copla de protesta.

El silencio inunda el valle. Ni una máquina se mueve, ni una rueda hila el vellón metalífero. Sobre las laderas florecen los verdes nostálgicos de un trabajo que fue y no vuelve.

Y a uno, que no sabe nada de La Unión, le gustaría conocer los nombres de las minas, de los mineros que ya no están, de los cantes y de los trovos por un aquel de que La Unión es –era, mejor dicho– una ciudad alucinante.

Ya se, Asensio, estés donde estés, que te hubiera gustado que mi "enemigo" Pedro Arbolario, hubiese desbarrado un tanto sobre el inframundo de los recovecos del alma pueblerina. Hubiese hablado de los fachosos que encendían el puro con aquellos nostálgicos billetes verdes de mil pesetas allá por los primerizos años del siglo los duendecillos de las minas y de sus bondades; de la candidez de los mineros frente a la maldad de los hombres capitalistas y hasta de esos cantes mineros al que hubo que ponerle nombres nuevos, porque salen del alma negra y alucinante del hondo de la mina.

Pero buscando como tenerte presente, he tropezado con este retal de periódico, nada menos de agosto del año 75. De antes de ayer, vamos. Y recuerdo que algo hablamos de ello y que fue motivo de rememoranzas unioneras, con retrato de personas y de paisajes... casi "na".

Porque no es difícil que alguien haga el estudio de tus cuentos y hasta me ganasen recordando tus 4 esquinas (dos ejemplares en mi biblioteca, uno dedicado a mi padre, "desde la esquina de nuestro levante"; otro, diez y seis años después, a mi "con mi sincera amistad" que has cumplido a rajatabla) y muchos abunden en tus habilidades pictóricas. (Te aseguro que he estado esperando tu personal felicitación de Navidad) Y hasta se permitan, divagar y afligirse ante la bondad de tu persona y de tus gestos. Yo, todo lo que puedo hacer, es repetirme.

Espero que tu nostalgia, al amparo de mis nostalgias, nos obligue a encontrarnos algún momento y saludarnos, como era nuestra costumbre, con un fuerte abrazo.

Adiós.